

Cine experimental

Título:

Lo innato imprescindible

Autor/es:

Serrano de Osma, Carlos

Citar como:

Serrano De Osma, C. (1944). Lo innato imprescindible. Cine experimental. (1):47-50.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42579>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Formación de directores

Lo innato imprescindible

Por CARLOS SERRANO DE OSMA

EL director de films, ¿debe ser escritor? El hombre que realiza una película, ¿ha de poseer una formación universitaria? ¿Habrá de forjarse en el trabajo diario de un "plató"? ¿Cuál es la mejor escuela para el director de films?

Estos y parecidos interrogantes se plantean hoy en la prensa profesional cinematográfica, en el llamado "mundillo del séptimo arte" y en los círculos de simples aficionados, sectores en que se especula y polemiza con el ánimo, más o menos desapasionado, de encontrar soluciones eficaces al problema planteado en España por la exigencia de una casi constante renovación de elementos artísticos rectores, la mayoría de los cuales, a la vuelta de pocos años, empobrecen irremisiblemente.

Tratando de arrojar alguna luz sobre tan debatida cuestión, vamos a exponer ciertos puntos de vista, ya que no personales ni nuevos, sí al menos sinceros y objetivos.

Consideremos, en primer lugar, la misión del realizador como creadora. Entonces él debe serlo todo: artista y escritor, hombre y genio. Poco importan su origen, su formación, sus primeros pasos profesionales. El realizador genial llega siempre, por encima de las circunstancias, a las cumbres máximas de la responsabilidad y de la gloria; lleva dentro de sí un impulso poderoso capaz de avasallar las más formidables dificultades. El genio es un predestinado, y aunque sus portentosas cualidades se desarrollen y cultiven con el estudio y el trabajo, no

puede darse nunca una norma general para la reglamentación de unos métodos profesionales. Las obras del realizador genial—Pudowkine, Chaplin, Stroheim...—son siempre resueltas obedeciendo a un elevado mandato intelectual y emotivo, y llevan en todo instante el inconfundible sello de su magnificencia.

Ahora bien; si consideramos al realizador como a un simple constructor de imágenes, hábil artífice de una historia escrita, inteligente coordinador de una narración interesante, todo es ya distinto y variable. El director de talento, de personalidad más o menos acusada, profesional del cine y que, como tal, lo entiende; elemento imprescindible en toda producción organizada, puede y debe forjarse cuidadosamente en un clima favorable al desarrollo de unas supuestas condiciones previas, tales como el sentido del cine, la vocación, la sensibilidad y el más generoso y desprendido de los entusiasmos.

El sentido del cine lo constituye esa predisposición natural, ese estado de ánimo permanente, propicio para “pensar y sentir” en cine; esa ágil percepción de la fotogenia que hace del dotado un sutir cataador de esencias cinematográficas. Hay un sentido del cine, como lo hay de la música o de la poesía; innato sentido que se aviva a diario, en la visión de films de todo género y tendencia, y se mantiene lozano con el ejercicio de la reflexión y de la crítica, aunque sólo sea calladamente y para uno mismo, sin otra trascendencia que la propia individual. Hay un sentido general del cine; lo poseen la mayoría de los nacidos paralelamente a él, es decir, aquellos que vieron llegar con su adolescencia a Charlot o a Douglas, a Keaton o a Dupont; es el amplio “sentido de la percepción” cinematográfica, consubstancial al gran público; sector suyo es el minoritario “sentido de la interpretación” filmica, el más fuerte puntal en la carrera de un director íntegro; se refiere a la facultad de ver en imágenes animadas un suceso acaecido, un hecho histórico o una narración creada; en ausencia de este sentido el director fallará siempre; podrá haber en su obra meticulosidad, preocupación, nobleza y hasta inquietud, mas nunca nervio y vigor rigurosamente cinematográficos. Cuando el sentido del cine es “creador” sirve al genio.

La vocación es la segunda condición imprescindible a todo aspirante a realizador. Sin vocación puede haber director, pero sus obras serán frías, carecerán de ese hálito de vida necesario a toda producción espiritual—literaria, musical, pictórica...—destinada a la generalidad de las gentes; los films realizados por el hombre sin vocación serán sólo un fraude estético sin alcances mediatos. Acaso el principal defecto de nuestro cine sea el de la casi absoluta ausencia en él de elementos vocacionales auténticos, capaces de elevar su nivel artístico a un rango de

pura sinceridad. Es preciso hacer fructificar las generosas vocaciones, y así salvar del desánimo a todos cuantos se encuentran sumidos en la angustia del aislamiento. Gran número de jóvenes españoles malogran hoy sus inclinaciones profesionales ante la falta de clara orientación, firme tutela y posibilidades honradas.

Al sentido del cine y a la vocación debe unirse la sensibilidad; sin ella no hay tampoco film verídico y humano; un realizador insensible es como un jardinero desinteresado por el cuidado de sus flores: éstas terminan por agostarse; un film realizado sin sensibilidad surgirá ya muerto a la luz de su primera proyección.

Y con todo, y por encima de todo, un entusiasmo generoso, fresco y sincero, capaz de superar las múltiples dificultades que se oponen a todo aspirante al profesionalismo: apatía e indiferencia ajena, egoísmo de los encumbrados, esporadicidad de la producción, insinceridad de cierto sector de la crítica, volubilidad de los espectadores, irresponsabilidad interpretativa... Y luego, vencidos los años difíciles, situado el profesional en una primera línea de trabajo y éxito, el peligro contrario: la crítica fácil, el mimo del público, los premios, las elevadas nóminas, la vida regalada... Y al final, el anquilosamiento y su secuela: la rutina. Frente a lo uno y lo otro, el entusiasmo joven y ferviente.

Supuestas las innatas condiciones imprescindibles—sentido del film, vocación, sensibilidad y entusiasmo—, ¿cómo ha de hacerse un realizador?

En la primera hora cinematográfica mundial, el director no era nunca el producto de su propia voluntad, sino tan sólo la consecuencia de unas circunstancias favorables. Profesiones diversas dieron origen a múltiples directores. Gentes de todos los oficios entraron en los Estudios cinematográficos, para marcar, sin saberlo, los puntales básicos del futuro arte; Melies y Gasnier, Griffith y Gance, realizaban sus films a la manera intuitiva, tal como Dios les daba a entender; ellos señalaban, sin embargo, las primeras líneas generales de una preceptiva, que más tarde, ante la visión inteligente de los Epstein, Leni, Lubitch, Clair y Murnau, había de convertirse en una nueva estética.

Hoy, todo es distinto. El director llega a serlo mediante una trayectoria formativa. La gran labor de los precursores constituye el texto fundamental; al joven aspirante no tienen por qué estorbarle los títulos académicos, aunque sí le será imprescindible una amplia cultura universal; y tan importante como la asistencia diaria a las salas de proyección, será para él la presencia en un "plató", donde, mientras cumple una misión de responsabilidad, observará a los profesionales y conocerá sus métodos; paralelamente, el cultivo del film "amateur" perfilará su concepto de la fotogenia; sus primeros pasos en libertad con

la película documental de corto metraje, indicarán ya el alcance aproximado de sus posibilidades como futuro director.

El realizador no será escritor, ni actor, ni académico, ni ingeniero, aunque pueda haber sido todo ello y otras muchas cosas, como electricista, farmacéutico, piloto aviador o arquitecto. El director no será más que director; cuando es así, todas sus profesiones anteriores no representan para él otra cosa que algunas de las fases sucesivas necesarias al proceso de su cristalización. Es inútil buscar la procedencia de los directores en determinadas actividades u oficios; el director necesita, para serlo, vocación y voluntad: el "querer ser" unamunesco; si antes ha querido ser otra cosa y lo ha logrado, será "esa otra cosa", aunque empuñe un megáfono en función impropia, pero no un director.

El ideal es la Escuela de Realizadores. En ella, organizada y metódicamente, puede obtener el estudioso dotado aquella suma de conocimientos fundamentales a todo aspirante: historia del cine, psicología, estética, literatura, historia del arte y etnografía; teatro, historia de la civilización, fisionomía y música; teoría, preceptiva y técnica cinematográfica... Cursos racionales, extensos o intensos, según el alumno y sus condiciones. Seminario y clima de polémica: aun hay mucho que dilucidar en la estética del film.

Pero la Escuela de Realizadores, su estructura y sus tendencias, es algo que desborda ya los límites debidos a "lo innato imprescindible". Séanos permitido ocuparnos del tema otro día.